

MUERTA

Dejó de ser la que turbó mi calma:
El oro, labio, flor,
la estremecida
curva de suavidades, dolorida
de tan pensada, manantial de mi alma.

Dejo de ser así el perfume humano,
y la seda y la luz,
y el terciopelo,
y la caricia que sublima el velo,
y el rozar de los dedos sobre el piano.

Ha surgido un extraño ser de cera
orlado de un fulgor
de astral espanto.

Una muñeca grande, tiesa, pálida,
opaco maniquí,
luna postrera,
verso final con que acabó su canto
la necesaria muerte verdadera.